

ISSN: 2215-6879

GS6

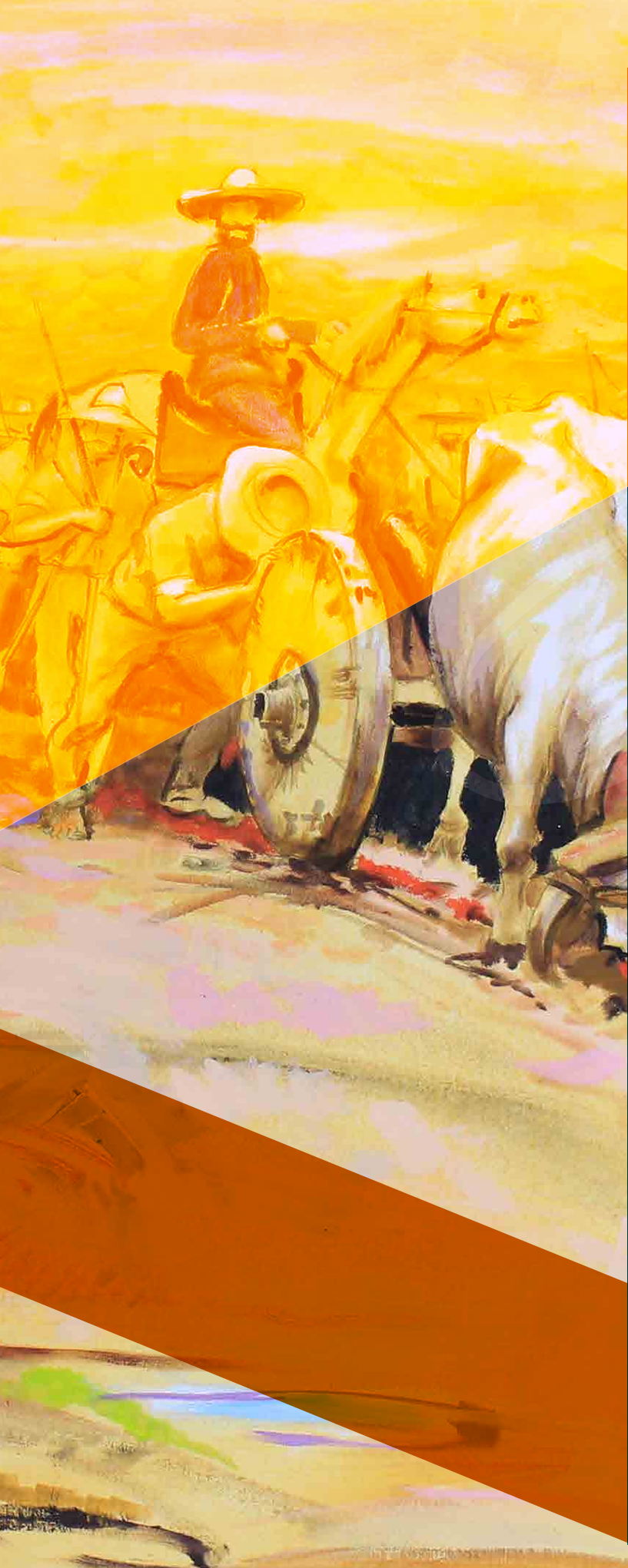
Guiños de 1856 - 1857

¡Burrito compañero!

Museo Histórico Cultural Juan Santamaría

Julio 2024

Número 17



1856

¡Burrito compañero!

Dr. Luko Hilje Quirós

No hay duda de que la Campaña Nacional de 1856-1857 contra los filibusteros liderados por William Walker fue insólita en varios sentidos. Uno de estos fue la necesidad y obligación de desplazarse hasta sitios tan distantes como Guanacaste y Nicaragua (en la primera etapa), así como a San Carlos y el río San Juan (en la segunda), cuando los caminos eran tan deficientes y los medios de transporte tan rústicos. Sería en esas prolongadas y extenuantes travesías en las que la más que demostrada fortaleza y nobleza de los animales de labranza de nuestros campesinos, así como de transporte de toda la población, sumarían su esfuerzo al de nuestros combatientes.

Multitud de briosas mulas, yeguas y caballos avanzando en tropel entre la agitación de belfos, resoplidos e intermitentes relinchos, con hombres y mujeres corajudas (porque las hubo también) sobre las monturas, pero además portando paquetes con víveres o ropa sobre sus ancas, sujetos a sus gruperas. Y, en fila india, con esa morosidad, paciencia y mansedumbre infinitas, los bueyes tirando de carretas repletas de pertrechos militares y vituallas para las tropas.

Hacia el frente de guerra, sí. Pero también de regreso cuando, impasible, aquella manada antes compacta y hoy algo desperdigada, no podía comprender que el júbilo por la victoria en Rivas había sido opacado por el desaliento y el pavor causados por el contagio del cólera.

Y en tan desventurada y luctuosa marcha quizás no pudieron percatarse de que a sus filas se había agregado un nuevo recluta, de manera casi fortuita: un asno joven o pollino, humildísimo en su porte bajo y maltrecho, de largas orejas, mechuda cola y pelambre opaca. Con esa ancestral e irremediable tristeza propia de los burros ahí venía él, paisa nicaragüense solidario con los nuestros, antes servidor -de manera involuntaria- del malvado Walker y de aquella cruel banda de mercenarios invasores encabezada por el muy arrogante Louis Schlessinger.

Sí, desapercibido. Pero, por fortuna, habría alguien que valorara sus méritos y, con elegante y simpática pluma, narraría para la historia el curioso periplo de tan fraterno

y tierno animal, hermoso en su humildad y cabal en su silencioso e incuestionable espíritu de servicio.

Se trata de un combatiente de la primera etapa de la Campaña -que prefirió el anonimato-, quien nos legaría un bello texto titulado “*Necrología del asno*”, el cual apareció en el periódico Crónica de Costa Rica (No. 230, 13-VII-1859, p. 4), publicado hace casi 160 años. Lo transcribimos aquí, respetando la forma en que fue escrito originalmente:

Pocos días ha que en la calle del Palacio se halló muerto de una estocada al animal favorito de los valientes soldados del 11 de Abril de 1856. No era mas que un pobre asno pero tenia para Costa Rica más méritos adquiridos que algunos hombres. En su corta existencia se mostró digno de la pura sangre árabe que sus antecesores le legaron.

Nació en Nicaragua de dos honrados burros, pasó su edad primera corcobean-do, corriendo en el florido suelo de aquella privilegiada region, y su juventud, rebuznando amores á las esbeltas yeguas chontaleñas, hasta que un despiadado filibustero afiliándole en las famosas columnas que bajo el mando de Schlessinger destinó William Walker á conquistar a Costa Rica, lo separo de sus favoritas. Nuestro pollino (que nada tenia de lerdo) oliéndose lo que á sus compañeros de armas aguardaba en Santa Rosa, tuvo por conveniente desertarse en Sapoá, y dejando partir á los filibusteros en busca de su fatal destino, se quedó pastando la tierna, jugosa yerba en las fértiles orillas del cercano río.

Allí le hallaron nuestras tropas cuando despues de esterminar la banda de Schlessinger marchaban sobre Nicaragua. Tomóle á su servicio el oficial Don Samuel Aguilar, y vínole de perlas (al oficial) porque ciertamente no estábamos muy abundantes de caballerias. El asno le condujo con la mejor voluntad hasta Rivas, donde siguió pres-tando eminentes servicios, y aguantando las mas pesadas bromas con amabilidad y gracia imperturbables.

¿Había que traer carne, leña ó cualquier otra cosa para la gente? - Venga el burro de Sapoa - ¿Se ofrece una diligencia lejana que no requiere gran prisa? - Venga el burro; decía el encargado de ella- ¿Estaban de huelga los soldados y sin saber con que divertirse? - Pasaba el burro, echabanle mano, le vestian, ponianle caperuzas, le toreaban, y mas de una vez le pusieron triquitraques y otros proyectiles inocentes en la cola, sin que por ello se enojara el complaciente animal.

El fué testigo de la terrible lucha que sostuvimos el 11 de Abril, paseó por las calles mientras William Walker estaba encerrado, y logrando salir ileso de la lluvia de balas que por

tantas horas inundó la plaza, rebuznó el 12 celebrando la fuga de nuestros enemigos, y burlándose de ella.

Cuando el cólera mortal nos obligó á retirarnos, el burro trajo siempre sobre sus lomos hasta Costa Rica uno ó dos enfermos ó heridos, item mas, cuantos morrales se le podian acomodar, y en este penoso viage, no se le llegó á quitar una sola vez la albarda. El valiente animal cumplió dignamente y sin proferir la más leve queja.

Llegó á San José sirviendo á los soldados del Mayor Don Máximo Blanco, y á dicho jefe se le entregó mientras alguien no lo reclamara con legítimo derecho.

Desde entonces, el pobre burro, acariciado de los soldados de la primera campaña, y especialmente de los que sobre él se salvaron, paseaba tranquila, majestuosa-mente, por las calles de San José, sirviendo de juguete á los muchachos que se divertían en ponerle máscaras y corozas, mas sin hacerle mal.



Desgraciadamente para él, llegó á tener tal confianza en las inmunidades que sus servicios le daban, que en cuanto olia alguna golosina en cualquier parte se entraba sin previo aviso á saciar su gula de sibarita. Esto le arrastró al precipicio (es malo ser goloso): murió al furor de un vecino de esta capital, que ignorando sin duda sus privilegios y hallándole infraganti en su casa comiendo sin permiso, le atravesó de una mortal estocada. El Mayor Blanco pidió razón de su muerte, y obtuvo á moderada composicion cuarenta pesos por él: dicha cantidad ha sido donada al hospital de San Juan de Dios para que el asno fuera útil hasta en su muerte. Esta ha sido digna de él: murió no vulgarmente, como un burro cualquiera, sinó de herida de acero, como lo merecia. A pesar de ser pollino, su memoria vivirá mas tiempo en los heridos y enfermos que salvó, que en la de muchos hombres que nada hicieron por los defensores de la Patria.

Un soldado de la Primera Campaña.



BIBLIOGRAFÍA

Arias-Sánchez, R. (2007). *Los Soldados De La Campaña Nacional (1856-1857)*. EUNED.

Anónimo. (1859). *Periódico Crónica de Costa Rica*. No. 230, 13-VII. p. 4.

Hilje-Quirós, L. (2007). *De cuando la patria ardió*. EUNED.

IMÁGENES

Ramón Páez Ricuarte (Venezuela, 1810-1894) | *Vista de la ciudad de Cartago* | Grabado | Archivo MHCJS | 1858.

Carlos Aguilar Durán (Costa Rica, 1953–) | *[Sin título] Marcha del Ejército expedicionario costarricense* | Acrílico | MHCJS | 2013.

Carlos Aguilar Durán (Costa Rica, 1953–) | *[Sin título] Batalla de Rivas: 11 de abril de 1856* | Acrílico | MHCJS | 2013.

Ramón Páez Ricuarte (Venezuela, 1810-1894) | *Mercado de Cartago* | Grabado | Archivo MHCJS | 1858.